

La economía: ¿pseudociencia?

Roberto Follari*

Todos los conocemos hasta el hartazgo: sus lugares comunes, propuestos como si fueran el efecto de una construcción científica, nos bombardean todos los días por la TV, y aún por la prensa escrita. Con la insistencia machacona de quien repite un dogma religioso, los vemos asumir pretensiones de expertos, y recomendarnos por enésima vez las recetas esperables, ésas que ya conocíamos antes de que las propusieran, y que son las mismas que ya les escuchamos mil veces, para los mismos problemas o para otros diferentes y aún opuestos. Nada importa, siempre se recomendará lo mismo: “hay que desregular la economía”, “todos los males provienen de la intervención estatal”, “hay que profundizar el ajuste”, “hay que disminuir la presión tributaria”, “se debe flexibilizar las condiciones laborales”, “es necesario disminuir las cargas patronales”...Son planteamientos que oyó Ud. alguna vez, ¿verdad?

Los supuestos especialistas que enuncian estas estereotipadas soluciones antes de enterarse de cuál sea el problema, son por demás conocidos, ya que sus rostros nos asaltan por la pantalla televisiva todos los días. Conocemos a los internacionales, y siempre existen opacos epígonos locales. Pero poco importan sus nombres: nadie los extrañará cuando no estén, dado que son todos mutuamente calcados, y da exactamente lo mismo quién hable. Ninguno de ellos es capaz de establecer no digamos ya una heterodoxia, sino siquiera un matiz dentro del tedioso credo neoliberal en boga.

La epistemología –por fortuna- ha reflexionado acerca de qué puede llamarse conocimiento científico, y ofrece algunos criterios para deslindar a éste del sentido común, la pura ideología, o la charlatanería vacua. Por ej., el muy célebre Tomas Kuhn, en su **La estructura de las revoluciones científicas**, dejaba claro que en una toma de posición científica (lo que él llamara un “paradigma”) existen supuestos extrateóricos, preconceptuales, que forman parte del horizonte de sentido de un momento dado, y dan su impronta a las teorías. Es decir: que no se adhiere a un punto de vista sólo por motivos racional/concientes, sino también porque éste se ha “naturalizado” según el modo de ver hegemónico en un momento dado de la realidad social.

Esta aguda constatación por parte del filósofo estadounidense propone un horizonte de interpretación muy diferente para las tomas de partido teóricas, habitualmente imaginadas como si fueran fruto de una lúcida elección realizada entre diversas opciones posibles (cuando hay alguna conciencia de la imposibilidad de una interpretación unívoca de los fenómenos sociales, como de hecho lo son los económicos); ahora bien, cuando ni siquiera existe conciencia de tales posibilidades diferenciadas y alternativas, nos encontramos ante la superchería epistémica de aquéllos que creen leer directamente en el libro del mundo, los que suponen que su interpretación es simplemente la única posible, y que deriva de manera no mediada de “la realidad”, como si ésta resultara aprehensible de una manera directa, y como si los límites de las diferencias de interpretación posible estuvieran reducidos por las condiciones adscriptas a dicha realidad por sus características intrínsecas.

Siendo así (y los argumentos de Kuhn al respecto no son fácilmente refutables, basado en el caso de ciencias físiconaturales, por cierto mucho más “exactas” que la Economía), habrá que sospechar que el repetitivo repertorio de los economistas **a la moda**: 1.No es neutro ni puramente objetivo, ya que ningún conocimiento lo es, menos aún en el plano de los hechos sociales. Es decir, que la pretendida “objetividad” de esta posición no se compadece con su efectiva ubicación dentro de un espectro determinado de posiciones sobre la cuestión de lo social; 2.Que ese punto de vista que se asume en la teoría, se corresponde con las formas de apreciación dominantes en el campo social. Es decir, que tal postura “no neutral” no es representativa de cualesquiera posiciones que en la sociedad existan, sino de aquélla que en virtud de cuestiones de poder haya resultado la hegemónica. De tal manera, se está proponiendo en nombre de una supuesta neutralidad y universalidad, un punto de vista que es necesariamente parcial; y la tercera conclusión ya definidamente no es kuhniana, sino hija de lo enseñado desde las ciencias sociales: el punto de vista que predomina en la sociedad global, es el de los sectores con mayor poder de capital económico y simbólico. De ello se deriva que las premisas supuestamente científicas de estos economistas clonados en sus conceptos, representan en realidad el punto de vista de los económicamente poderosos, de los beneficiados con la globalización capitalista. Ello es lo que permite advertir que en no pocos casos aquellos supuestos científicos

de la economía que nos interpelan a través de los medios masivos, no son otra cosa que empleados a sueldo de los grandes empresarios; los que en una curiosa idea de “armonía preestablecida” encuentran una singular afinidad entre lo que adscriben a principios de la ciencia económica, y los intereses particulares de los sectores sociales que atesoran la parte mayoritaria de la renta global.

Por supuesto, nuestros “expertos” tampoco han estudiado a filósofos de la ciencia como G.Bachelard, quien demostró largamente que la ciencia habla de lo real siempre y necesariamente **desde una teoría**. Eso significa, que nunca describe lo real “tal cual es”, sino que hace sólo una **determinada** y específica interpretación. En cambio, ellos nos llaman a un supuesto e insostenible “realismo”, según el cual las cosas son como ellos las proponen, inequívocamente. No parecen ni sospechar remotamente que representan sólo **un punto de vista entre otros**. Porque además de los liberales, han existido en economía los neoclásicos, los alentadores de la demanda como Keynes, los marxistas como Samir Amin, los críticos de las recetas de los organismos internacionales como hoy lo es Stiglitz. No hay solamente **una** teoría económica ni una lectura unívoca y canónica de la economía, y el habitual recetario en boga olvida que debiera dar cuenta de la provisoriedad de sus propios postulados, y obligarse a establecer explícitamente los argumentos que servirían para refutar teorías alternativas.

También se hace necesario subrayar que las ciencias sociales no suelen incluir leyes causal-determinísticas (es decir, con probabilidad de ocurrencia 100%), sino exclusivamente **tendencias**. No puede hablarse seriamente de economía considerándola como si fuera una ciencia exacta. La economía –incluso la liberal- fue desde sus inicios **economía política**. Las supuestas leyes universales y necesarias, operan (en términos probabilísticos) sólo mientras se mantengan las condiciones sociopolíticas dentro de las cuales fueron establecidas. La teoría neoliberal (que no otra cosa es lo que repite la vulgata económica massmediática), no sirve para entender el funcionamiento del feudalismo, como no sirvió para comprender al denominado socialismo real. No señala las condiciones universales del funcionamiento económico, sólo es una interpretación inherente a la peculiar condición del capitalismo, y por cierto, útil sólo para ciertas fases del desarrollo de éste (antes del recetario actual, se imponía el credo del Estado benefactor e intervencionista). Por ello, cuando se pretende estar sentando cátedra definitiva sobre muchos temas, se debiera advertir que apenas se está realizando propuestas que tienen alcance limitado, en el tiempo y en el espacio, en cuanto a fijar las condiciones de su posible validez.

Otro reconocido epistemólogo, Karl Popper (quien –por cierto- fuera en lo ideológico un entusiasta defensor de los neoliberales), propuso su célebre “criterio de demarcación” para diferenciar ciencia de pseudociencia. Ello estaría dado por la puesta a prueba, vía de la experiencia observable, de las previsiones de la teoría. Y la teoría que fallara –aunque fuera sólo **en un caso**- sería consecuentemente declarada falsa. A su vez, la que simplemente no pudiera ser puesta a prueba, porque sus posiciones fueran tan generales que no resultara posible someterlas al tribunal de la experiencia, sería considerada pseudociencia.

¿Cómo clasificar –de acuerdo con Popper- a nuestros desprevenidos economistas? Se ha mostrado hasta el hartazgo el fracaso estrepitoso de sus previsiones. ¿O acaso no se supone que los latinoamericanos íbamos hoy a estar en el Primer Mundo? (y véase dónde estamos!!) ¿O acaso si nos sentamos a tomar un café en un bar –en el caso argentino, pero no es el único-, no nos interpelan hoy decenas de mendigos y precarios vendedores, cosa que ocurría mucho menos hace apenas una década? ¿Acaso no estamos –como regalo del neoliberalismo en todo el subcontinente, combinado con hipercorrupción- enfrentando acuciantes problemas de seguridad que nos llevan a vivir entre rejas, cuando la Latinoamérica del atacado Estado intervencionista era uno de los espacios más seguros del mundo?

El desastre de pobreza, desocupación y marginalidad actual, es fruto de las políticas neoliberales, como todo el mundo sabe a partir de sus responsables específicos en cada país. Sin embargo, ingeniosas piruetas retóricas permiten a los “expertos” echarle en todos los casos la culpa al exceso de presencia estatal. “Los problemas del liberalismo –proclaman insólitamente- se solucionan con más liberalismo”. De modo que producen desastres, y luego culpan sin ambages a sus adversarios. No se hacen cargo de sus responsabilidades por las políticas de los últimos años (a las que han apoyado y promovido explícitamente), sino que siempre el problema es que subsiste –¿quizá ya lo adivinó Usted?- “exceso de gasto estatal”. Y como aún no privatizamos la Casa de Gobierno o la actividad policial, siempre podrá decirse que hay un cierto monto de gasto estatal, y consecuentemente argumentar que resulta inevitablemente abultado y excesivo, de modo que

se podrá en toda ocasión e invariablemente “demostrar” que esa es la causa del conjunto de nuestros males.

Ya el sociólogo Franz Hinkelammert, en su libro **Crítica de la razón utópica**, mostró en detalle estos mecanismos perversos en las supuestas explicaciones de los neoliberales, los que hacen a su teoría imposible de refutar, ya que ningún hecho adverso parece ser asumido para negarla. Eso exactamente es pseudociencia - falsa ciencia-, según Popper; un autor, por cierto, afecto a un tipo de epistemología en la que tal vez creerían reconocerse muchos de nuestros “expertos”.

La crítica de Hinkelammert muestra que la noción de “competencia perfecta” es por completo ajena a lo que sucede en la realidad (¿puede Ud. competir económicamente con los dueños de una multinacional?), y que de hecho responde a un modelo ideal-abstracto que carece de todo correlato empírico posible. Esto es lo que permite el juego que hemos señalado, y que es permanente en la retórica autolegitimatoria del credo neoliberal: se llevan a cabo las políticas y si hay aciertos, se los pone en el haber de dichas políticas. Pero si hay fallas o fracasos, la culpa no es de que se las haya llevado a cabo, sino de la permanencia (supuestamente “residual”) de gasto estatal, y por tanto, del no pleno cumplimiento del credo neoliberal del mercado en estado puro. Y como este último nunca puede llegar a existir (las condiciones políticas de su ejercicio requieren la coacción y la legitimación por vía del Estado y de sus correlativos aparatos represivos), la conclusión es obvia: siempre se le puede echar la culpa al otro, las políticas neoliberales se vuelven inimputables e irrefutables; es decir, definitivamente anticientíficas.

Lo mismo sucede respecto de tantos otros dogmas que los videoeconomistas sustentan. Por ej., la pretensión de que la primera libertad es la de mercado, y que por tanto libre mercado sería sinónimo de democracia. Pero bien sabemos que Pinochet fue quien con su sangrienta dictadura impuso el primer ensayo neoliberal en Latinoamérica, y que los militares argentinos fueron quienes iniciaron el camino que desembocó en la economía privatizada de los años noventas en su país. A pesar de ello (y contra toda evidencia) se sigue repitiendo insistentemente el mensaje, como si fuera una prístina inferencia tomada de lo que efectivamente sucede. También se afirma que la corrupción desaparece con la liberalización económica, como si no hubiésemos visto una monumental megacorrupción en los procesos de privatización argentinos o mexicanos, y como si tal corrupción no implicara **siempre** a un sector privado ejerciendo las acciones ilegales junto al funcionario estatal. En fin; pretenden pasar por ser la propuesta más renovadora, cuando sus representantes máximos (Thatcher y Bush padre) hace largo tiempo que están enterrados fuera del suelo político: en realidad, nuestros autores “se quedaron en el año 89”, y repiten hasta el hartazgo la sobreutilizada letanía de la caída del Muro. Otro caso: nos enseñan cómo seguir el siempre laudatorio ejemplo de los Estados Unidos y su supuesto libre mercado absoluto, cuando todo el mundo conoce de los subsidios otorgados en ese país a sus productores agrícolas (unos de cuyos principales perjudicados –dicho sea de paso- resultamos los latinoamericanos con nuestras exportaciones).

Por fortuna, la economía es mucho más que esta superchería que durará mientras dure el auge del gran capital que la sostiene y promueve. Hay en la teoría económica presencia de pensamientos complejos, nociones alternativas y disímiles, ideas sobre la articulación entre lo social, lo político y lo económico (ver por ej., los trabajos de Klaus Offe, o los del Premio Nobel Amartya Sen). Ciertamente, la economía es una ciencia, en la medida en que sea capaz de articularse con esos determinantes sociales, culturales y políticos dentro de los cuales cobra su lugar y su sentido. Como tal disciplina científica, está habitada por teorías variadas, por parciales constataciones empíricas, y por preguntas abiertas. Y se sostiene a pesar de que muchos economistas –o algunos de los que así se autodenominan- no merezcan el nombre de científicos, ni estén a la altura de las exigencias que ello implica.

Notas

* Profesor titular de Epistemología de las Cs. Sociales. Fac. de Ciencias Políticas y Sociales (Univ. Nacional de Cuyo, en Mendoza, Argentina).